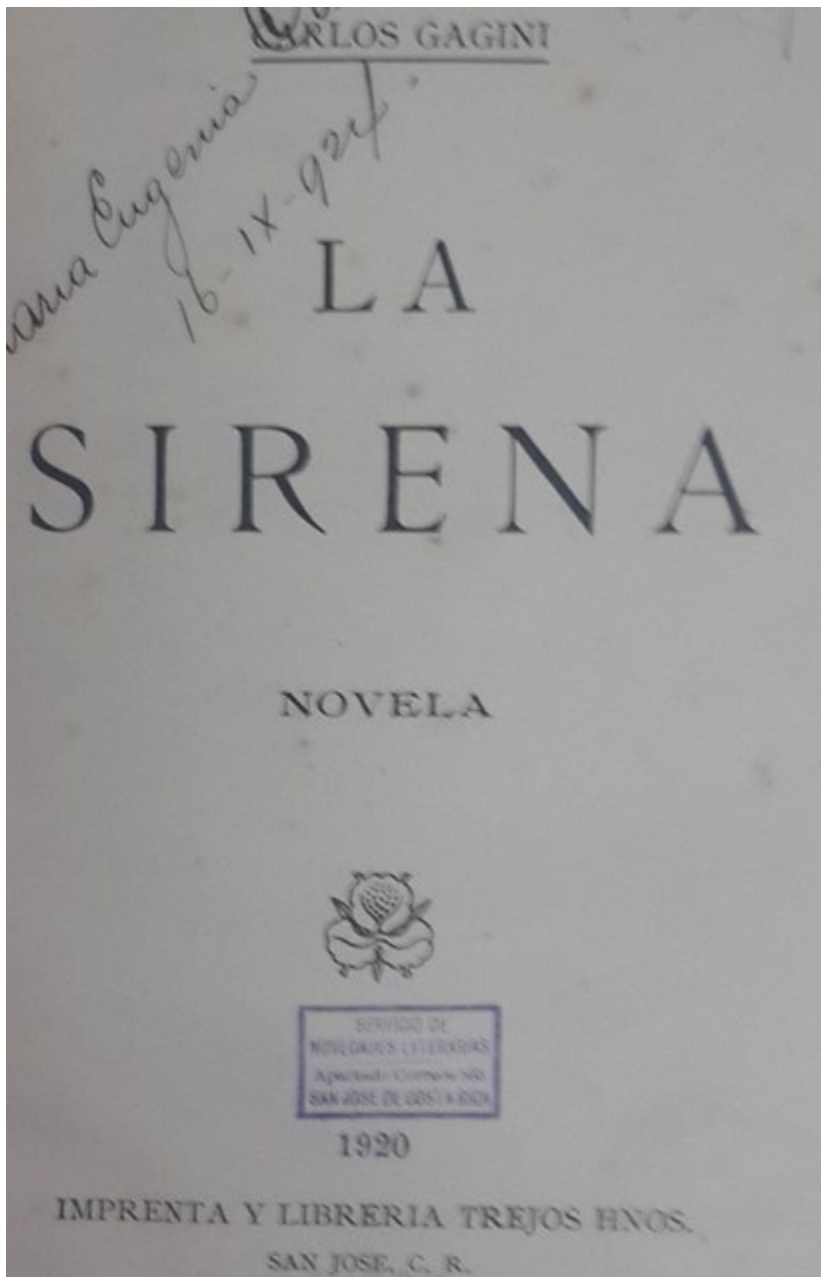


Carlos Gagini



Nos queda un áspero sabor de amargura en el alma después de haber leído, con la atención que se merece, la novela La sirena de Carlos Gagini, editada en mil novecientos veinte.

El pintor, Jorge Medina, se siente dominado por la belleza diabólica de Isabel de Cerna, mujer que llegó de riberas extrañas, en los escarceos amorosos que la seducen aun cuando no logra dejar en su alma huella alguna.

Jorge e Isabel bordan un idilio culpable que empieza con un místico beso en la frente como de hermanos. Se desenvuelve en caricias inolvidables. Termina cuando el pintor se convence de que, en la insaciable extranjera, se esconde la pasión enloquecedora, forjada en sus ensueños, sino refinada, injusta perfidia.

Ella, envuelta en un manto de serena dignidad, se aleja de aquel hombre que ha de seguir siendo, convencida está, juguete de lujo entre sus brazos de movimientos felinos.

Al pintor le es preciso convalecer de aquella pasión. Busca la paz espiritual en la suave placidez de los campos. Allí mismo, la encuentra en la serena dulzura de un alma femenina de gracia infame, la angelical Mercedes.

Surge un idilio de los más bellos entre los descritos Por los novelistas costarricenses. Asistimos al nacimiento de un cariño ingenuo, que no sabe sino de entregas y de sacrificios.

Pero aquel capullo de rosa no ha de abrirse a la caricia de la felicidad. Vuelve de lejanas tierras la dama diestra en las batallas de locura amorosa.

Jorge no sabe defenderse de las redes de sensualidad con las que lo envuelve la sirena, astuta y atrevida como todas las diabólicas.

Abandonando, a su destino ingrato, a la suave niña que creyó en sus promesas de amor, Jorge se aleja de la propia patria. Sigue, iluso, tras la sirena y, en sus brazos, encuentra la muerte. Así, se durmió también entre las caricias sedantes de la pálida segadora, la deliciosa niña de los campos que despertó al amor sin saber siquiera que ese mismo amor le ofrecía, galante, su brazo para acompañarla hacia las regiones sombrías del no ser.

Gagini describe los caracteres que aparecen en esa preciosa novela suya, con el cariño profundo en el que un psicólogo sincero, como lo era él, pudiera hacerlo.